



ERTHARIN COUSIN, EN EXCLUSIVA PARA OEM
Directora Ejecutiva del Programa Mundial de Alimentos

El PMA y México se alían para acabar con la paradoja del hambre en América Latina y el Caribe

Esta semana se pone en marcha una nueva e importante etapa en la lucha contra el hambre en América Latina y el Caribe, tras el acuerdo que hemos firmado con el Gobierno de México.

Lo que contemplamos es un ambicioso esfuerzo para luchar contra el hambre tanto dentro como fuera de México, mostrando así el emergente liderazgo de este país en la lucha contra el hambre y la pobreza en la región.

Para nosotros, en el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas (PMA), esta alianza representa una gran oportunidad para aprender de la experiencia mexicana, así como para trabajar en conjunto, en apoyo de la Cruzada Nacional contra el Hambre lanzada recientemente.

Además, el acuerdo abre la posibilidad de transferir los conocimientos y la experiencia adquirida por México a través de sus programas exitosos de protección social, como Oportunidades, para ayudar a otros países a superar el hambre y la pobreza en la región.

Es un hecho que, durante la última década, la positiva combinación de un robusto crecimiento de los ingresos, junto con la implementación de políticas sociales sólidas, ha ayudado a reducir el hambre en la región, y parece explicar el buen progreso registrado por la mayoría de los países de América Latina y el Caribe.

No obstante, y a pesar de los avances, la dura realidad a la que nos enfrentamos es que todavía, en América Latina y el Caribe, 47 millones de personas se acuestan con hambre cada noche, y 7 millones de ellos son niños y niñas menores de 5 años que sufren de desnutrición crónica.

Eso significa que una de cada 12 personas todavía no tiene suficiente comida, en una región que produce más alimentos de los que la totalidad de su pobla-

ción necesita.

Esta paradoja nos muestra de manera vehemente que el hambre es un problema multidimensional. Condiciones positivas, como el crecimiento económico, el compromiso político, la estabilidad institucional o los incentivos para aumentar la producción agrícola, no serían de por sí suficientes para acabar con el hambre a menos que seamos capaces de combinar esas condiciones con programas de protección social dirigidos a los más vulnerables.

De hecho, eso es lo que hacemos en el PMA. Mantenemos una presencia permanente en 13 países de América Latina y el Caribe, donde apoyamos a los gobiernos para ayudar a un promedio de 6.3 millones de personas cada año.

Trabajamos con las comunidades más pobres salvando vidas y protegiendo los medios de subsistencia en situaciones de desastres provocados por la naturaleza o por la mano del hombre, y brindando apoyo a mujeres y niños en situación de vulnerabilidad, niños pobres en edad escolar, así como trabajando con pequeños agricultores y campesinos sin tierra con el objetivo final de lograr que sus comunidades y sus países puedan satisfacer sus propias necesidades alimentarias y nutricionales.

Si hay algo que hemos descubierto después de muchos años es que no podemos ganar la lucha contra el hambre solos. Las alianzas y el intercambio de conocimientos y de recursos por parte de todos los actores nacionales son fundamentales para enfrentar el problema de una vez por todas.

En ese sentido, los investigadores y los responsables de formular políticas públicas también han llegado al consenso de que proporcionar una buena nutrición durante los primeros mil días de vida -desde que el niño se encuentra el vientre de la madre has-



Fecha 25.02.2014	Sección Primera	Página 9
---------------------	--------------------	-------------

ta los primeros dos años de vida- es imprescindible para ganar la guerra contra el hambre. La evidencia al respecto es ya abrumadora.

El retraso en el crecimiento físico y el daño cerebral irreversible en los niños, como consecuencia de la desnutrición, están bien documentados. Lo que ahora está cada vez más claro son los costos adicionales. Por ejemplo, los niños desnutridos tienen más probabilidades de repetir el año escolar y de requerir atención médica adicional. Su condición debilitada también los hace vulnerables a las enfermedades.

Además, hay un costo financiero. Un estudio sobre el costo económico del hambre llevado a cabo por el PMA y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) encontró que la desnutrición de los

niños en América Central y la República Dominicana costó a esas economías la asombrosa cifra de más de 6 mil millones de dólares –en el 2004 o 6.4 por ciento de la totalidad de su Producto Interno Bruto (PIB) de ese año- una carga que socava seriamente los esfuerzos nacionales e internacionales para erradicar el hambre y la pobreza.

Como pueden ver, aún falta mucho por hacer, y la emergente influencia de México es muy bienvenida. A medida que avanzamos, la experiencia de México en el manejo de los programas de nutrición y de protección social podría desempeñar un papel importante a través de la colaboración sur-sur y convertirse en la bala de plata que termine con el hambre en la región.